

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Congreso Nacional de Laicos
“Pueblo de Dios en salida”
(Madrid – 14, 15 y 16 de febrero de 2020)

Vigilia de Oración
(Mt 5,13-16)

«Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5,13-16).

Queridos hermanos y hermanas:

Las palabras de Jesús que apenas hemos escuchado son la continuación de las bienaventuranzas, un anuncio de felicidad que abre el sermón de la montaña que Jesús dirige a todos los que habían iniciado a seguirlo. En las bienaventuranzas, Jesús muestra el camino que nos lleva a la alegría, porque si vivimos como pobres en el espíritu, como mansos, como misericordiosos, como limpios de corazón, como los que trabajan por la paz, dejamos que Dios actúe en nuestra vida haciéndola hermosa, grande y feliz con las obras que Él mismo cumplirá en nosotros. Jesús dice: pobres vosotros en el espíritu, mansos vosotros, misericordiosos vosotros, a los ojos del mundo parecéis poca cosa y sois juzgados como derrotados, en cambio vosotros podéis vivir en la bienaventuranza de Dios y convertiros así en sal de la tierra. Vosotros que no sois considerados y que a menudo se os rechaza o incluso persigue, sois precisamente vosotros los que dais sabor a este mundo y lo ilumináis.

En este congreso reflexionaréis mucho sobre cómo ayudar a todos los fieles laicos a ser misioneros. ¿Cómo se puede conseguir esto? ¿Cómo podemos conseguir un objetivo tan alto? Si reflexionamos sobre las palabras de Jesús que apenas hemos escuchado, notamos que Jesús no nos invita a desarrollar cualidades extraordinarias y a mostrar talentos humanos fuera de lo común. Él no presenta un largo y difícil camino de perfeccionamiento para que nos convirtamos en personas excepcionales, como si solo las personas excepcionales pudieran convertirse en luz para los demás. Jesús no habla en futuro, no dice: “seréis sal” o “seréis luz”. ¡No! Jesús dice a todos los que le seguían: ¡Vosotros ya sois sal y luz del mundo! Quien ha acogido a Jesús en su vida y ha comenzado a ser su discípulo, quien se ha abierto a la acción de Dios, en él las bienaventuranzas comienzan a manifestarse, y desde ese momento comienza a ser luz para el mundo. Cuando en el Evangelio, que apenas hemos escuchado, se habla de las “buenas obras” que los hombres verán y que darán gloria al Padre, tenemos que recordar que estas “buenas obras” son precisamente el fruto de las bienaventuranzas. Son el nuevo modo de actuar de todas las personas que encuentran su felicidad en la bienaventuranza que da Dios. Nos convertiremos de verdad en “sal” y “luz” para los demás, cuando las consolaciones de Dios toman en nosotros el lugar de las vanas felicidades del mundo.

¡Qué grande estímulo para todos vosotros! Todos nosotros bautizados, aunque seamos pobres y tengamos nuestros límites, aunque no poseamos grandes dotes de una particular genialidad humana o cualidades espirituales poco comunes, también nosotros, a los ojos de Jesús, somos ya ahora sal de la tierra y luz del mundo. No olvidemos que la “luz verdadera, que alumbra a todo hombre” (*Jn 1,9*) es Jesús mismo. Por ello, cada bautizado, al llevar a Jesús en su corazón, su naturaleza, su Espíritu, se convierte también en luz para el mundo; nosotros podemos ser luz si tenemos en nosotros la verdadera luz que es Cristo. Esto lo podemos ser de muchos modos. Cada vez que nos ponemos a rezar, podemos acoger a Jesús en nosotros. Cada vez que nos acercamos a la confesión, recibimos la misericordia de Jesús en nosotros y Él vuelve a habitar plenamente en nosotros. Cada vez que recibimos la comunión, recibimos la

misma naturaleza divina y humana de Jesús en nosotros. Por ello, en cada bautizado, también en las personas más sencillas, puede brillar de verdad la luz de Cristo. Cada fiel laico, si conserva con amor y humildad la presencia de Jesús en sí mismo, puede llevar la luz de Dios a tantos hombres que viven en las tinieblas.

¡Cuántas personas están hoy en las tinieblas! Tantos hombres y mujeres que viven cada día junto a nosotros, se esfuerzan por aparentar que son optimistas, positivos, dinámicos, emprendedores y van a la moda. Pero detrás de una fachada de bienestar y despreocupación, a menudo, se esconde la oscuridad del remordimiento, de la desesperación y de la falta de sentido. Tantos hermanos nuestros llevan en el corazón un gran sufrimiento y mucha insatisfacción, pero a menudo lo disimulan con un activismo frenético, mediante la búsqueda continua de la diversión y el placer, con un excesivo trabajo y el afán por el dinero, incluso con intereses políticos, culturales y sociales – en sí respetables – pero que se buscan como un antídoto para un profundo dolor del alma, del que por sí solos no pueden sanar. Muchas de estas personas se encuentran entre nuestros conocidos, colegas de trabajo, incluso entre nuestros familiares, y a menudo ni nos damos cuenta. Para tantos de ellos nosotros podemos ser “luz” y “sal”.

Podemos ser luz si mostramos, ante todo, que existe un destino bueno que nos espera a cada uno al final de nuestra existencia terrena. Nuestra vida puede ser más o menos larga y más o menos afortunada, pero no depende de esto su dignidad y valor. La vida humana de cada persona tiene valor, porque Jesús nos ha revelado que todos venimos de Dios, volvemos a Él, que Él nos acompaña y sostiene durante toda nuestra vida y que Él mismo nos ha preparado un lugar para habitar por siempre con Él. Cuántas personas viven, en cambio, en la oscuridad, porque creen que la vida no tendrá ninguna perspectiva feliz, ningún fin positivo y todo terminará en la nada.

Podemos ser luz también porque la fe ha hecho que descubramos con gratitud los dones que Dios nos ha hecho: la belleza de la creación, la presencia de tantas personas buenas que viven junto a nosotros, los talentos que hemos recibido, la vida

misma que nos ha sido regalada. Cuando comenzamos a ver en cada cosa un don especial de Dios para nosotros, entonces vuelve a nuestro rostro la luz de la sonrisa. Cuántas personas, en cambio, no aprecian nada de lo que tienen, no consiguen ver nunca el significado positivo en las cosas y las personas que les rodean, y viven así en la oscuridad del descontento.

Nosotros cristianos podemos ser también luz, porque hemos entendido que todos estos dones recibidos y la misma vida tienen todo su valor, cuando se utilizan para los demás y se regalan para algo grande y hermoso, por lo que encontramos alegría en el estar al servicio de los demás y al servicio del bien. Cuántas personas, en cambio, piensan que la vida solo se debe “defender” de los demás, que uno se la tiene que conservar; por ello viven el trabajo, las relaciones con los demás y con la misma familia con esfuerzo y rabia, porque pareciera que todo amenaza su tiempo, sus bienes, su comodidad y sus energías, que no quieren “gastar” con nadie.

Nosotros, discípulos de Cristo, somos también “sal de la tierra”. Podemos ser sal sencillamente demostrando, con nuestra vida, la verdad de estas palabras, sencillas y profundas, que dijo Jesús: “¿De qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?” (*Mt 16,26*). Tantas personas se agotan intentando “ganar el mundo entero” con sus éxitos, pero no se dan cuenta de que se han perdido a sí mismos. Ser “sal”, es decir, volver a dar “sabor” a la vida, puede significar entonces ayudar a los demás a llevar a cabo el camino interior de la verdad que nosotros mismos hemos hecho. Todos nosotros hemos tenido que mirar honestamente el vacío que había en nuestro corazón, la falta de amor, la soledad que teníamos dentro, y entendimos que no valía la pena pasar toda la vida esforzándose por conseguir miles de metas, si antes no poníamos al centro de toda la existencia el amor de Dios Padre, que llena cada vacío en nosotros, que hace que comprendamos nuestro valor y nuestra dignidad, prescindiendo de nuestros éxitos, que nos libra de toda ansiedad de afirmación y todo sentimiento de culpa. Al descubrir el amor de Dios, nuestra vida ha sido “salada”, ha recuperado su verdadero “sabor”. Hemos sido los primeros en hacer este “camino de la verdad” que nos ha vuelto a dar el “sabor” de la vida. Ahora podemos ser “sal”

también para los demás, ayudándoles con humildad y sabiduría a seguir el mismo camino, para que puedan descubrir el “sabor” auténtico que Dios da a la vida de cada hombre que le acoge.

No olvidemos que la sal no es algo que vale por sí misma. La sal solo tiene valor en relación con los alimentos que condimenta. Su función, podríamos decir su “misión”, es la de dar sabor a los alimentos. La “verdad” del ser sal está en el estar “al servicio” de otras cosas. La sal puede ser poca como cantidad, en cambio cuando se diluye, “perdiéndose” entre los alimentos, da sabor a todo. Esta imagen es muy significativa. También nosotros, no somos cristianos “para mirarnos al espejo”, para encontrar en nuestra fe consolación espiritual, individualista y narcisista. Nuestras comunidades parroquiales o nuestros grupos no sirven para encontrar un refugio cálido y una segura protección del mundo. Nuestra misión, nuestra verdad, como la sal, es la de estar “para los demás”. Jesús nos ha hecho “para los demás” portadores de un “sabor” de la vida que solo puede venir de Dios. Seremos pocos en número, como la sal que se usa solo en pequeñas cantidades, pero si vivimos como discípulos de Cristo, ahí donde el Señor nos manda, podemos “diluirmos” para los demás llevando a todas las cosas el sabor del Evangelio.

Queridos hermanos y hermanas, no nos desanimemos jamás, no miremos solo nuestros límites y nuestra incapacidad. Jesús confía en nosotros. Confía en todos sus discípulos. Él conoce nuestra pobreza, y por ello nos mira siempre con benevolencia y compasión, pero, al mismo tiempo, nos encomienda grandes tareas. Él no tiene miedo de considerarnos como sus mensajeros. Él ve en nosotros a aquellos que llevarán su luz del mundo y la sal de su sabiduría a toda la tierra.

Ahora, en el silencio de nuestra oración de adoración, dejemos que las palabras de Jesús descendan a nuestro corazón, y pidamos que Él mismo esté siempre presente en nosotros para ayudarnos a cumplir esta misión.